

HACIA LA MEXICANIDAD.

Sin forzar para nada los caracteres de mi estilo, escribo estas líneas dedicadas a la publicidad en un periódico del Estado de Guerrero que aditará mi simpático amigo Ignacio W. Bucio--elegante orador, destacado y joven intelectual. Y comienzo estas líneas con la anotación asentada, porque "no te pido una nota académica-me dijó-- sino algo popular. El periódico que publicaré va a estar destinado a laborar por el ideal de la mexicanidad, hablará nuestro propio lenguaje para conducir la conciencia del pueblo hacia la búsqueda y realización de su propio destino". La juvenil advertencia, como verá el lector, ameritaba la salvedad que hago en el sentido de que no soy académico ni academista, y me obligaba a agradecer, como agradezco, la información sobre el criterio editorial del seguramente ágil órgano periodístico.

Si por academismo ha de entenderse en cuanto al estilo, la forma de expresión usual entre los especializados en el manejo de disciplinas abstrusas que se desentienden de las palpitaciones de la vida ante objetivos de investigación como los de los clásicos discutidores bizantinos, o como los de aquellos falsos escolásticos que polemizaban sobre si los ratones roían o no el queso, hay razón entonces para combatir el academismo; pero si el academismo es el esfuerzo de síntesis en las vanguardias de la ciencia aplicada y de la filosofía que debate temas humanos, entonces hay que contagiar al pueblo de academismo haciendo que el profesionista, el hombre de la Universidad, justifique sus labores al través del servicio social para beneficio popular. De otra manera, nos convertiremos en despreciadores del pueblo, y de nada nos valdrá el día que el pueblo nos juzgue, alega que le negábamos lo mejor de nosotros temiendo que no nos entendieran que ante razones de método, pedagógicas, nos veíamos precisados a d

sificarle nuestra palabra a modo de impedirle gozar los placeres que ofrece el verbo cuando desgarra los pendones de la ignorancia. Y ya que de un programa publicitario se trata, dedicado a obra mexicanista, citemos el sabio imperativo de Justo Sierra: mexicanizar la ciencia, nacionalizar el saber.

Toda obra de mexicanidad, entre nosotros y en todas partes, debe concebirse en términos modernos, en el sentido de valor cultural que todo lo que requiere ~~es~~ ^{para darse} la existencia de una conciencia humana, sin distingos de raza, de adelanto o de atraso. Porque lo humano es lo válido, es decir, lo universal. Ejemplos no faltan: Urueta logró con su oratoria helenista, llegar hasta el fondo del alma del pueblo que lo llamó divino; el nigromante con sus acentos proféticos, con sus cóleras de bautista --león del desierto, austero como él---representó, coreado por las multitudes de su época, el pensamiento combativo de la Reforma; y Altamirano, guerrerenses, hizo de su oratoria selvática la interpretación de la montaña suriana en la lucha por reivindicar los fueros de su raza, la raza india que un día cayó en el símbolo de su águila, sepultada bajo las ruinas de sus teocallis, y amortajada de gloria se hundió en las urnas de sus lagos. Mexicanidad debe ser entendida como solidaridad de los mexicanos: prestarnos mutuo apoyo, enseñarnos recíprocamente, respetarnos, dignificarnos de consumo, unirnos para determinar nuestro ideal, convertirnos en asamblea para deliberar sobre nuestra suerte y encontrar sistemas de trabajo que nos lleven al logro de nuestros fines; pero sobre todo, ser fieles a nuestra estirpe de mexicanos, sintiéndonos personajes de nuestro drama, buscando nuestros antecedentes como grupo que batalla

a través de las páginas de nuestra historia, sintiéndonos herederos del último Emperador Azteca, de los esclavos libertados por Hidalgo y Guerrero, de los iluminados por el genio voluntarioso de Juárez. Es decir, hay que pensar que somos los de "adentro" siempre en lucha contra los de "afuera", así sean españoles, franceses, norteamericanos o rusos. Sólo así haremos que tenga sentido nuestra historia, y sólo así podremos aquilatar al héroe. Se trata, guerrerenses, de sentirnos como mexicanos, como si fuéramos uno sólo. Mathew Arnold hablaba del "secreto de Jesús" con estas palabras: "todo lo que sucede a uno mismo, sucede al otro". Y de la misma manera os escribo yo, pensando que tenía razón Arnold, como tenía razón Guyau cuando deseaba que llegara un día para los humanos, en que nuestro "corazón resonara con un sólo eco". He tenido el privilegio de hablar en "las tierras de Guerrero", en Iguala, Iguala de cara memoria; he visto el monumento ~~el monumento~~ con que el pueblo recuerda los grandes hechos de su epónimo, y he sentido como los guerrerenses, y ellos han vibrado conmigo. Pueblo de sensibilidad exquisita, pueblo que canta sus poemas, pueblo que entona sus melodías, pueblo que sabe erguirse en las tribunas, seguramente comprenderá el esfuerzo periodístico que le dedica, y mi insignificante contribución de michoacano, para él.

Miguel N. López Térez.